

ALICIA GASPAS DE ALBA

Canadora del Lambda Literary Award

# SANGRE EN EL DESIERTO

Las muertas de Juárez

"Gaspar de Alba presenta una perspectiva académica, una sensibilidad refinada y el corazón abierto de su herencia . . . una novela que te deja sin aliento, página tras página, y te oprime el corazón".

—James Crumley, autor de *The Last Good Kiss*



# SANGRE EN EL DESIERTO

Las muertas de Juárez

**Alicia Gaspar de Alba**

**Traducción de Rosario Sanmiguel**



Arte Público Press  
Houston, Texas

*Sangre en el desierto: Las muertas de Juárez* ha sido subvencionado por la Ciudad de Houston por medio del Houston Arts Alliance y el Exemplar Program, un programa de Americans for the Arts en colaboración con LarsonAllen Public Services Group, con fondos de la Fundación Ford.

*Recuperando el pasado, creando el futuro*

Arte Público Press  
University of Houston  
452 Cullen Performance Hall  
Houston, Texas 77204-2004

Diseño de la portada de Giovanni Mora  
Arte para la portada “Las muertas de Juárez reclaman justicia”  
por Segundo Pérez

Gaspar de Alba, Alicia, 1958–

[Desert blood. Spanish]

*Sangre en el desierto: Las muertas de Juárez* / por Alicia Gaspar de Alba; traducción al español de Rosario Sanmiguel.

p. cm.

Translation of: *Desert blood*.

ISBN 978-1-55885-518-2 (alk. paper)

1. Americans—Mexico—Fiction. 2. Pregnant women—Crimes against—Fiction. 3. Mexican American Border Region—Fiction. 4. El Paso (Tex.)—Fiction. 5. Adoption—Fiction. 6. Lesbians—Fiction. 7. Mexico—Fiction. I. Title.

PS3557.A8449D4718 2008

813'.54—dc22

2008039222

CIP

∞ El papel que se usó en esta publicación cumple con los requisitos del American National Standard for Information Sciences—Permanence of Paper for Printed Library Materials, ANSI Z39.48-1984.

© 2008 por Alicia Gaspar de Alba  
*Sangre en el desierto: Las muertas de Juárez* © 2008 Arte Público Press  
Impreso en los Estados Unidos de América

*A las “muchachas del sur”  
—con respeto*

*Hay muertas que no hacen ruido, Llorona*  
*Y es más grande su penar . . .*  
“La Llorona”

“La frontera Estados Unidos-México es una herida abierta donde el tercer mundo se restriega contra el primer mundo y sangra”.

Gloria Anzaldúa,  
*Borderlands/La Frontera: The New Mestiza* (1987)

“Es en la pornografía donde se destilan los significados básicos del crimen sexual —el cuerpo femenino se transforma en un fetiche, se exhibe, se consagra sólo para que se le odie, se le posee, se le profane, se le sacrifique”.

Jane Caputi, *The Age of Sex Crime* (1997)

“Después de todo la vida no es una película de misterio hecha en Hollywood. No hay resolución ni un loco a quién culpar. El crimen perfecto es sorprendentemente fácil de cometer, especialmente cuando la víctima no es alguien ‘importante’, cuando se trata de una persona anónima —y Juárez tiene muchas de esas”.

Sam Quiñones, “The Maquiladora Murders”,  
*Ms.* (Mayo/Junio 1998)

## **Exención de responsabilidad**

Los crímenes sexuales en serie, o feminicidios, que ocupan esta novela, son reales. Una epidemia de asesinatos de mujeres ha plagado la frontera Ciudad Juárez-El Paso desde 1993. Sin embargo, todos los personajes en esta historia son ficticios. Cualquier similitud con personas vivas o muertas es fortuita. Algunos de los sospechosos y figuras públicas que aparecen en este libro fueron tomados de reportajes de diarios y televisión. Sus nombres han sido cambiados, pero las marcas de identidad permanecen, como la nacionalidad o el apodo. Las víctimas son un compuesto de víctimas reales. Lectoras/os familiarizadas/os con los “asesinatos de las maquiladoras” reconocerán ciertos detalles acerca de un crimen específico y encontrarán que no concuerdan con lo que “realmente sucedió”. Debido a que éste es un recuento ficticio de eventos reales, me he tomado ciertas libertades con cronologías y hechos. También he agregado una dimensión metafórica a la historia, usando la imagen de las monedas americanas, particularmente los peniques, para representar el valor de las víctimas en la maquinaria corporativa. Las mujeres pobres y morenas, quienes son el blanco principal de estos asesinatos, son, en otras palabras, tan prescindibles como las monedas de un centavo en la economía de la frontera. Quiero enfatizar que, hasta donde yo sé, no se han encontrado peniques americanos en ninguno de los cuerpos de las víctimas reales.

También, debido a que no hay, hasta ahora, ninguna solución a los asesinatos, sólo teorías y especulaciones, la línea de investigación ofrecida en este libro está basada en cuatro años de investigación de los crímenes y en una vida de experiencia

personal en la infraestructura social, política, económica y cultural de la frontera Estados Unidos-México que hace posible que se produzcan estos crímenes con impunidad.

La prensa ha descrito estos crímenes como “Asesinatos en serie al estilo Jack el Destripador”. Los cuerpos de las víctimas fueron inmolados, mutilados, desmembrados o golpeados hasta dejarlos irreconocibles. Al menos noventa de las mujeres asesinadas fueron también violadas. Trágicamente, hasta el momento en que fue escrito este libro, diez años después de que comenzó la epidemia, y más de 350 cuerpos después, los crímenes siguen sin resolverse. Aún más trágico es el hecho de que los asesinatos continúan. En 2003, por ejemplo, veintidós cuerpos de mujeres fueron descubiertos violados y asesinados en Ciudad Juárez, entre ellos el de una niña de seis años que fue apuñalada en reiteradas ocasiones y sus ojos fueron removidos.

No es mi intención hacer una historia sensacionalista de los crímenes o sacar provecho de las pérdidas de tantas familias, sino exponer, tanto como sea posible, los horrores de esta ola de crímenes así como ofrecer alguna hipótesis —una explicación creíble al silencio que ha rodeado los asesinatos— basada en la investigación y en lo que sé acerca de ese lugar en el mapa.

Yo soy de El Paso, soy nativa de la frontera y me uno a las filas de aquellas/os que creen que el silencio=muerte. Madres, protéjannos. C/S

Los Ángeles, California, 2003

SENTÍA LA SOGA APRETADA ALREDEDOR DEL CUELLO y que la arrastraban sobre la arena y las piedras. La herida en el seno le punzaba a causa de los matorrales de salvia. Ya no tenía sensibilidad debajo de la cintura pero la cara le dolía por los golpes. Uno de ellos la había inyectado, sin embargo todavía podía mover los brazos y meter la punta de los dedos bajo el lazo. Le habían metido el brassiere en la boca, y los broches le lastimaban la lengua. Cuando el carro se detuvo se golpeó la cabeza contra algo duro. El golpe la dejó atontada; lloraba de nuevo, pero de pronto ya no sintió nada en los brazos. La insensibilidad se deslizó por su espina dorsal. Las mandíbulas, el estómago: todo lo sentía muerto.

Apagaron las luces del carro y la dejaron tirada en la oscuridad inhalando los gases que salían del tubo de escape del carro. La boca le sabía a metal. Sólo podía parpadear. Las estrellas se parecían a las luces de la ciudad. Por un momento sintió como si estuviera colgada de los pies; la sangre se agolpaba en sus oídos, le calentaba el rostro.

Recordó el juego mecánico en la feria. El martillo, se llamaba, las otras muchachas le habían advertido que no se subiera, que iba a vomitar, pero no fue así. En cambio se desmayó y despertó en el asiento trasero de un carro con un hombre que le daba puñetazos en la cara y otro, que reconoció de la fábrica, que le inyectaba una jeringa en el estómago.

Por unos segundos una luz intensa la encandiló, luego vio sus caras alargadas como monedas de plata. Era tan brillante que no vio lo que brillaba en sus puños hasta que ya estuvieron encima de ella.



La droga que le dieron la hacía sentir como si estuviera bajo el agua. No sintió las navajas que la cortaban y entraban en su estómago. Vio salpicar la sangre, oyó el sonido al rasgar, como la vez que le sacaron un diente en el consultorio del dentista, le arrancaban algo de raíz, algo más profundo que la droga. Sintió una corriente de aire dentro de ella, el estómago le colgaba abierto. Trató de gritar pero alguien la golpeó en la boca otra vez, mientras otro apuñaló la bolsa de agua y huesos. Eso es todo lo que somos, le dijo la enfermera de la fábrica en una ocasión, sólo una bolsa de agua y huesos.

Ellos se reían, pero alcanzó a oír a alguien cantar. Era la voz de una mujer: *sana, sana, colita de rana, si no muere hoy que se muera mañana*. La oía como si fuera su propia voz.

## 2

IVÓN CERRÓ LA REVISTA y se recargó en la cabecera del asiento. Se sentía mareada. Usualmente no le molestaba leer en los aviones, pero el artículo sobre las mujeres asesinadas en Juárez la había inquietado. Se titulaba “Los asesinatos de la maquiladora” y estaba firmado por un escritor independiente; le sorprendió que se publicara en Ms. Abrió la revista otra vez y se fijó en la foto: un *close-up* de las piernas de una mujer medio enterrada en la arena, la piel del color de los moretones, las sandalias blancas todavía en los pies. El cuerpo de una mujer muerta. Ciento seis mujeres morenas muertas. No podía precisar qué le molestaba más, los crímenes o el hecho de que, como nativa de esa frontera, no supiera nada de eso hasta ese momento.

—La temperatura en El Paso es de 37 grados centígrados, una noche fresca . . . —bromeó el capitán—. Vamos a empezar a descender pronto . . . posiblemente experimentaremos ligeras turbulencias . . .

Hubo una sacudida debido a una ráfaga de aire. Los músculos del estómago se le tensaron. La náusea se le pronunció. Tal vez no era el artículo. Tal vez era el regresar a El Paso después de dos años fuera y saber que su mamá no iba a aprobar el alocado plan que Ivón había urdido con su prima Ximena. La confrontación inevitable con su mamá; tal vez era sólo la claustrofobia que le causaba haberse sentado en la fila de atrás en un avión repleto, al lado de un vaquero parlanchín.

En el aeropuerto de Los Ángeles había conseguido el último asiento disponible en la ventanilla y nadie se sentó a su lado durante la primera parte del viaje, pero un tipo alto con un sombrero vaquero color pelo de camello se subió en Las Vegas,

caminó hacia atrás del avión y decidió que quería el asiento de en medio, al lado de ella.

—¿No te importa si me siento aquí? —sonrió y mostró un diente partido. Su entonación tejana la sorprendió. Con su camisa Polo a rayas parecía un niño rico de Beverly Hills o Palm Springs, un golfista y no un vaquero, incluso un surfista en esteroides.

—Como quieras —respondió Ivón al tiempo que se encogió de hombros. Se puso la revista frente a la cara y fingió leer. El vaquero había podido escoger otro de los muchos asientos disponibles, pero no, tenía que invadir parte de su espacio. Inmediatamente sintió que el pecho se le cerraba y tuvo que concentrarse en respirar profundo y dejar pasar su molestia. La mujer vestida en traje de negocios sentada en el asiento del pasillo se levantó para dejarlo pasar, mientras hacía una mueca a sus espaldas.

Se sentó y se puso el cinturón, luego acomodó el sombrero en su regazo con cuidado, como si fuera de cristal. Sus brazos y sus codos se adueñaron al instante de los dos descansabrazos.

Ivón no pudo evitar fijarse en el abundante vello rubio platinado de sus brazos y en el reloj que usaba en la muñeca derecha: un Patek Phillippe de oro cronografiado con tres cuadrantes. Ivón coleccionaba relojes. Sabía el precio de una pieza como esa. Diez mil dólares, por lo menos. El Tissot de titanio de quinientos dólares que Brigit le había regalado en su quinto aniversario se veía corriente en comparación con éste.

—¿Vives en El Paso?

—Ya no —murmuró ella sin levantar la mirada de la página que leía.

—¿Vas a casa de visita?

Ella le lanzó una mirada. Ojos inyectados de sangre, una incipiente barba rubia en su cara bronceada, cabello rubio despeinado alrededor de la cara. Apeataba a whisky.

—Sí, digamos que sí.

Volvió a poner atención en el artículo, leyó acerca de un químico egipcio arrestado en 1995, presuntamente por haber matado al menos a una mujer y haber dirigido los asesinatos de otras siete a través de una pandilla llamada Los Rebeldes. *Muchas*

*de las jóvenes habían sido violadas, varias fueron mutiladas y la mayoría fueron abandonadas como las partes inservibles de una máquina en un lugar aislado.*

Ivón apuntó esa oración en su diario de la disertación. Las mujeres muertas de Juárez no tenían nada que ver con el tema de su investigación, pero había empezado a pensar que este asunto hubiera sido un mejor proyecto de disertación.

—No quiero meterme en lo que no me importa —interrumpió de nuevo—, pero, ¿estás leyendo sobre esas muchachas asesinadas al otro lado de la frontera?

—Intento —respondió.

—Claro que es una vergüenza que todavía no hayan atrapado a los asesinos en todos estos años.

*Sí, y me avergüenza que apenas ahora me doy cuenta de lo que pasa gracias a este artículo,* quiso responder ella, pero hubiera sido humillante admitir su ignorancia ante un desconocido.

Cuando la azafata vino con las bebidas Ivón pidió una coca de dieta. Él ordenó un Jack Daniels doble.

—¿Me detienes el sombrero mientras saco el dinero? —preguntó.

Ivón sostuvo el sombrero sin entender por qué no se lo ponía y dejaba de molestar. La tela estaba glaseada, dura, y la banda del sombrero era un cintillo de piel miniatura con broches de turquesa y conchas de plata. Las iniciales JW estaban impresas en oro en la pequeña hebilla. Por dentro decía Lone Star Hat Company y despedía un olor denso a sudor y humo de cigarro.

—Es un sombrero de quince estrellas —dijo al tiempo que le entregaba un billete de veinte dólares a la azafata—. Me costó mucho y me pica como el demonio.

—Ajá —Ivón miró fijamente la revista. ¿Cuándo agarraría la onda de que ella no estaba interesada en la conversación?

—¿Quieres? —le ofreció una de las botellitas de whiskey.

—No bebo —mintió, luego metió los dedos en la bolsita de cacahuates.

Él le quitó el sombrero y se lo puso, enseguida vació las dos botellas de Jack sobre los cubos de hielo del vaso de plástico.

—J.W. —dijo extendiendo la mano.

—Hola —respondió ella estrechándole la punta de los dedos. Normalmente no saludaba de esa manera, pero no quería alentar al hombre. De nuevo alzó la revista frente a su cara.

—Disculpa —sonrió—, sé que quieres leer, pero me pongo nervioso en los aviones.

—Me gustaría terminar este artículo antes de aterrizar —respondió.

—Me voy a callar —dijo, y se recargó en el respaldo del asiento y bebió del vaso. Diez segundos después de nuevo miraba en dirección a ella.

—Ivón Villa —leyó en la etiqueta de la portada de la revista—, Avenida Palmas 8930, Los Ángeles. ¿Eso está cerca del aeropuerto?

—¿Perdón? —respondió Ivón con el ceño fruncido por encima de la revista.

—No pareces mexicana —tenía los ojos azules legañosos—, no lo digo como un insulto. Discúlpame, es que no tienes acento.

El avión bajó y botó. Las azafatas corrieron a la cabina a recoger tazas semivacías y basura. Él la dejó en paz y bebió lo que quedaba en el vaso antes de que la azafata se lo llevara.

—Te apuesto cincuenta centavos que adivino en qué trabajas —le propuso él.

Ella lo ignoró. Tuvo la impresión de que se trataba de un hombre blanco racista.

—Eres modelo, ¿verdad? O estás en el negocio del cine.

¿Por qué a los hombres bugas les gustaba meterse con las mujeres masculinas? Ella negó con un movimiento de cabeza.

—Te equivocas, no hay suficientes papeles para lesbianas en el negocio.

La respuesta lo desconcentró. —Cometí un error —dijo y las mejillas y el cuello se le ruborizaron. El whiskey ya le había puesto vidriosos los ojos.

—No te preocupes —respondió ella alzándose de hombros—. Voy a seguir leyendo.

—¿No te das cuenta que la señorita quiere que no la molestes? —le preguntó la mujer del asiento del pasillo.

—De verdad lo siento, señorita —de nuevo se quitó el sombrero y lo descansó en su regazo mientras miraba fijamente hacia el frente.

Ivón recorrió el texto que leía con el dedo: *Después de todo la vida no es una película de misterio hecha en Hollywood. No hay resolución ni un loco a quien culpar. El crimen perfecto es sorprendente-mente fácil de cometer.*

—Personal de cabina, prepárense para el aterrizaje.

Él buscaba algo en la bolsa de enfrente. Se le resbaló de la mano y cayó entre sus vaqueros y los pantalones de ella. Ella lo recuperó y se lo regresó: un rollo de peniques.

—Por poco olvido que ganaste —dijo, y un silbido se le escapó por la abertura de los dientes—. Cincuenta centavos.

—No te preocupes. Quédate con el dinero.

—Es tuyo —insistió—. Apostamos.

—En verdad no lo quiero. No tomé la apuesta en serio.

Ivón guardó el periódico y la revista, cerró su mochila y se abrochó el cinturón nuevamente.

Al aterrizar, el avión arremetió contra las acostumbradas bolsas de aire. Ella se acomodó en el respaldo, tenía el estómago hecho nudo, levantó la cortina de plástico que cubría la ventanilla y observó la ciudad, su lugar de origen, las luces del valle brillaban bajo la luz aperlada de la luna llena.

A menos que sea la hora del crepúsculo, la única cosa que se ve cuando vuelas en dirección a El Paso es el desierto, su piel paquidérmica color marrón cubierta de estropajillo de salvia. Pero a la hora del crepúsculo lo que ves de inmediato es el cielo, el velo verde del cielo que se extiende desde la Montaña Franklin a las Montañas Guadalupe. Desde el avión no se puede ver la línea fronteriza, el trecho de cemento que separa El Paso de Juárez. La frontera es sólo un amplio valle de luces.

No se puede ver la valla metálica del Muro de la Tortilla, ni los empresarios que transportan a los trabajadores de un lado a otro del Río Bravo en cámaras de neumático, ni las largas colas de faros que reptan a lo largo del puente Córdoba, uno de los tres puentes internacionales que mantienen a las ciudades gemelas conectadas. Para los habitantes de ambos lados del río la frontera no es otra

cosa que un medio para llegar a casa. Para esas mujeres sin nombre en la arena, cuyos cuerpos torturados acababa de ver en el artículo de Ms, el desierto se convirtió en un lecho de muerte. Para Ivón Villa era el lugar donde había nacido. El avión aterrizó dando una sacudida.

Antes de que ella pudiera salir del asiento tuvo que esperar que J.W. se arreglara el sombrero sobre la calvicie de la coronilla de la cabeza. Él se hizo a un lado para dejarla pasar primero.

—¡Nos vemos! —le dijo con un guiño y se tocó el ala del sombrero a modo de saludo.

Ivón asintió con la cabeza pero no le dirigió la palabra. Sentía náuseas de nuevo, como si tuviera gusanos o mariposas en la panza. Por unos segundos pensó en no continuar con ese plan de locos.

### 3

—¡IVÓN, IVÓN! ¡AQUÍ!

Era Irene, su hermana menor, que presumía su cuerpo de nadadora en unos pantaloncillos cortos y a la cadera; brillantes audifonos amarillos le colgaban del cuello, como una gargantilla. Estaba de pie, al lado de su prima Ximena, ambas la esperaban en al pie de la escalera eléctrica. Irene sostenía un globo de helio que decía “Felicidades por el nuevo arribo”.

—¡Hola, Lucha! —Ivón le dio un fuerte abrazo a su hermana. La llamaba Lucha por la popular cantante mexicana de rancheras, Lucha Villa. A su vez, Irene llamaba a Ivón Pancho a causa de un ancestro revolucionario. Su madre odiaba esos apodos, sobre todo el de Ivón.

—No puedo creer que ya regaste la sopa —le reclamó Ivón a Ximena—. Creí decirte que era un secreto. ¿Estás segura que no lo pusiste en el periódico de la familia?

—Oye, no me des ideas —dijo Ximena—, además, sólo le dije a Irene. ¿Qué tiene de divertido un secreto si no lo puedes compartir por lo menos con un miembro de la familia?

Ivón entrecerró los ojos: era un gesto para su prima. Ximena le dio un abrazo de oso. Era la mayor de las primas de Ivón, por encima de la colina y un poco más, como le gustaba decir. Medía seis pies de altura y pesaba por lo menos doscientas libras.

—Ivoncita va a ser mamá —dijo y soltó una carcajada mientras le despeinaba el pelo—. Nunca me imaginé que vería ese día.

Irene besó a Ivón en la mejilla y le obsequió el globo. Ivón no lo tomó. Lo único que le faltaba era encontrarse a gente conocida y que supieran que tendría un bebé.



—¿Puedes detenérmelo mientras voy por mi maleta y mis cosas?

Irene se encogió de hombros e hizo pucheros todo el camino hasta la sala del equipaje.

—¿Dónde está Brigit?

—Ella va a venir después, una vez que hayamos arreglado todas las cosas.

—¡Ay! Finalmente seré tía —dijo Irene al tiempo que enganchaba su brazo al de Ivón. Sus ojos café oscuro brillaban. Ivón se sorprendió al ver lo linda que se había puesto su hermana en los últimos dos años.

—Pero, esto no va a cambiar nada, ¿verdad? ¿Todavía voy a ir a vivir con ustedes si logro entrar a San Ignacio?

—Tal vez —dijo Ivón y le pellizcó la mejilla a su hermana—, uno no debería vender la leche antes de ordeñar a la vaca. ¿Cómo está mamá?

—No le dije que venías, si eso es lo que quieres saber.

—Más vale que no, si no lo vas a lamentar, esa —Ivón pellizcó el estómago de su hermana; cogió un delgado doblez de la piel.

—¡A-a-a-y, no me pellizques las lonjas! —gritó Irene entre risas. Levantó la mano derecha para que Ivón pudiera ver su anillo de graduación—. ¿Te gusta? Tiene la piedra de mi signo. Mamá quería que le pusiera el color de la escuela, pero yo quería una turquesa —Irene inclinó la cabeza para admirar el anillo—. Se ve bien con el oro, ¿no crees? Trabajo con Ximena desde marzo para ayudarle a mamá a pagarlo.

—¿Trabajas con Ximena? ¿Qué haces? ¿Le pagas las cuentas a tiempo?

—Exactamente —intervino Ximena—, ella es mi asistente personal. Me mantiene en regla.

—¿A sí? —dijo Ivón tomándole la mano a su hermana—, déjame ver el anillo otra vez —las manos de Irene ya no eran regordetas y sus largas uñas estaban pintadas de rojo oscuro con pequeñas estrellas de oro en las puntas—. Espero que te gradúes en diciembre, así que nada de novios que te distraigan.

—¡Ay sí! —respondió Irene—, ya sabes que voy a pronunciar el discurso de despedida en la ceremonia de graduación y también

voy a ser la capitana del equipo de natación. Alguien tiene que cambiar la reputación de los Villa en la Academia Loretto.

A Ivón la habían expulsado de Loretto el segundo año de preparatoria. La encontraron fumando marihuana a la hora de la comida en el campanario del convento.

Cuando salieron del aeropuerto el calor la golpeó como si hubiera entrado a un sauna. Sentía las suelas de goma de sus Doc Martens chiclosas en el pavimento chamuscado. El cielo se había puesto índigo mientras habían bajado a recoger el equipaje.

—Aquí es —dijo Ximena cuando se acercaron a una furgoneta Chrysler blanca estacionada en lo que Ivón llamó “una posición ensillada”. Un permiso para minusválidos colgaba del espejo retrovisor.

—¿Cómo le hiciste para obtener eso? —preguntó Ivón al señalar el permiso.

—Con suerte, creo. Disculpen el tiradero —dijo y apiló periódicos y carpetas para hacer un espacio al equipaje de Ivón—. Aquí la paso cuando me escapo de mi casa.

Ivón puso las maletas atrás, arriba de una hilera de cajas, luego se sentó en el asiento de enfrente y se abrochó el cinturón de seguridad. Ni siquiera el intenso aroma a patchouli de Ximena podía sofocar el olor a cigarro y plátano que emanaba de la tapicería caliente. Ivón se dio cuenta de que Ximena pasaba mucho tiempo en la camioneta debido a la cantidad de bolsas desparramadas en el suelo.

—Déjame adivinar —dijo Ximena con un cigarro que le colgaba de los labios mientras se dirigían hacia la salida del estacionamiento—, necesitas un lugar donde quedarte, ¿verdad? ¿La casa de tu mamá no es una opción?

—Ésa es una buena adivinanza —dijo Ivón.

—¿Cómo? —exclamó Irene—. Yo quería que te quedaras con nosotras.

—Después, entre semana, Lucha. Necesito orientarme. Todo esto es una locura, por eso no puedo lidiar con mamá en este momento.

Ximena alcanzó el encendedor y prendió el cigarro.

—Oye, ¿quieres uno?

—Brigit me hizo dejarlo —dijo mientras negaba con la cabeza.

—¡Qué bien! —dijo Ximena, acercándose al cajero del aeropuerto para pagar el estacionamiento—. Así está la cosa. La casa de la abuelita Maggie está disponible una semana hasta el viernes. Puede que no sepas, ya que nunca contestas mis *emails*, que vamos a celebrar nuestra gran reunión familiar el próximo fin de semana para que coincida con el Día del Padre.

Ivón miró a Ximena.

—No te preocupes —continuó Ximena—, no te voy a poner una pistola en la cabeza para obligarte a ir, a pesar de que no has estado en una reunión familiar desde el funeral de la abuelita Maggie, pero . . . si andas por aquí podrías . . . nadie sabe cuánto tiempo van a tomar todos estos arreglos . . . y es el Día del Padre ¿verdad? O sea, piénsalo. Algunos de los viejos, tal vez el mismo abuelito no dure mucho tiempo más.

—No me hagas sentir culpable, ¿sí? No necesito que las dos, tú y mamá, lo hagan —dijo Ivón.

—Ahí va —dijo Ximena y miró a Irene por el espejo retrovisor—. ¿Qué te dije? Dos minutos máximo y la Señora Gran Cosa se va a sentar en el banquillo de los acusados . . . Ya bájale, prima. La pobre de tu mamá hace lo que puede.

Ivón hizo una mueca de disgusto por los regaños de Ximena.

—Así que, como te iba diciendo, la casa de la abuelita Maggie está libre ahora mismo. Nomás la uso como oficina y para guardar algunas cosas. Te puedes quedar allí tú sola por unos días. Después veremos qué hacer si resulta que se necesita más de una semana o dos.

—¿Una o dos semanas?

—Quién sabe. Es decir, la muchacha puede parir mañana, pero tenemos todavía que arreglar una cita en el juzgado para la adopción, y ni el juez puede decirme cuánto tiempo tomará. Vas a tener que estar aquí por un tiempo, amiga. Por eso te digo que podrías ir a la reunión familiar. El Club XYZ podría ponerse hasta arriba, ya sabes, y ver *Xena*. Tengo una mota que mata.

—¡Drama! —exclamó Irene—. ¿Qué es el Club XYZ?

Ivón le dió un golpe en la pierna a su prima.

—¡Cállate! Eres peor que una telenovela —dijo y cambió el tema—. ¿Cómo se llama la muchacha? ¿Está bien?

—Cecilia. Ha tenido . . . ¡Oye!, ¡muévete, chingao! —Ximena se detuvo abruptamente, tocó el claxon y le gritó a un Impala *low-ride* que estaba frente a ella—. ¡Cholo cabrón, cómprate un motor o hazte a un lado! Bueno, ¿qué te estaba diciendo? ¡Ah, sí! Cecilia ha tenido algunas complicaciones pero todo está bien. La llevé a la clínica y todo salió bien.

—¿Qué clase de complicaciones?

—La muchacha usa una faja para que no se le note que está embarazada, ya sabes, porque si no la corren. Está de pie todo el día en la fábrica y eso le ha causado cierto atraso en el ciclo al bebé, o algo así. Pero como digo, el bebé está bien, Cecilia está bien, todo está bien.

—¿La corren si se embaraza?

Ximena volteó a ver a Ivón.

—Bueno, sí, la fábrica tendría que pagarle post natal por tres meses. Eso va en contra de sus ganancias, tienes que . . .

—¿Me estás piñando? —Ivón hizo una nota mental del detalle para su disertación.

—La lógica de la compañía es que hay muchas niñas en busca de trabajo —explicó Ximena—, hay más oferta que demanda. No se ven obligados a conservar a alguien que se embaraza y que no puede cumplir con la cuota.

—Todo eso está muy jodido.

—¿Cómo la ve, Sir Ivanhoe? El centro turístico de lujo de la abuela Maggie.

Ivón no había oído ese apodo desde que eran niñas.

—Qué padre. De hecho está perfecto. ¿Y cuándo voy a conocer a Cecilia?

—Esta noche. Vamos a recogerla afuera de la fábrica cuando termine su turno —respondió Ximena, luego se revisó la muñeca izquierda. Nunca usaba reloj pero siempre hacía como que veía la hora—. Déjame ver. Ella tiene el segundo turno, así que checa tarjeta a la medianoche.

—¿Medianoche? —preguntó sorprendida Irene—. Es muy tarde, *dude*. ¿No pueden esperar hasta mañana?

—Como tú quieras —Ximena le dijo a Ivón—, pero ella nos va a esperar para que la recojamos, si no va a perder el camión. La pobre vive por allá, en Puerto Anapra. Yo puedo ir sola y llevarla a su casa.

—¿Estás loca? Me muero por conocerla.

—¿Puedo ir? —preguntó Irene.

—No —dijeron al unísono Ivón y Ximena.

—¡Qué gachas!

—Esta noche no, cariño —dijo Ximena viéndola por el espejo retrovisor—. Vamos a dejar que tu hermana conozca a la madre biológica del bebé, ¿okay?

*Madre de su bebé* . . . las palabras hicieron que Ivón se sintiera de pronto sofocada por el calor y el humo. Adentro de la furgoneta ni la ventana abierta ayudaba. Tomó una carpeta del tablero y empezó a abanicarse.

—¿Ya decidieron qué nombre le van a poner? —preguntó Irene.

—Dierdre o Samuel Santiago.

—¿Dierdre? —preguntaron Irene y Ximena.

—A mí no me pregunten, son rollos de Brigit y el *New Age*. —Ivón se inclinó para prender el radio; no se sorprendió al encontrarlo sintonizado en una estación de *oldies* que tocaba “Suavecito”. Todas las estaciones de El Paso tocaban *oldies*.

*I never met a girl like you in my life* . . .

Nunca fallaba. Siempre que estaba en El Paso algo le recordaba a Raquel, la mujer que le partió el corazón en cuatro pedazos, un pedazo por cada año que habían estado juntas. Trató de pensar en otra cosa pero la canción la regresaba como un video de MTV digitalmente conectado a Raquel, sus ojos negros, sus labios rojos y carnosos y el movimiento suave de sus caderas en la pista de madera del bar Memories.

—Oye, Ivón —interrumpió Irene—, mientras estás aquí a lo mejor podemos ir a la feria de Juárez. Ma no me deja ir con ninguno de mis amigos y yo nunca he ido. Apenas se abrió el pasado fin de semana, ¿me llevas?

Una cosa sobre Irene: era ciertamente una niña obediente.

—Debemos ir todas —dijo Ximena—, como parte de las actividades extracurriculares de la reunión. Hablo en serio, es una buena idea. Esperen, ahorita regreso, no puedo tomar tequila sin tamales. —Se metió en el estacionamiento de Pepe's Tamales en Chelmont y frenó de repente.

—¿Tequila? —preguntó Ivón—. Yo pensé que íbamos a Juárez.

—Tenemos un par de horas —Ximena revisó su muñeca otra vez—. Me muero de hambre. ¿Todavía eres vegetariana? Ah, perdón, es otra persona. Ahorita regreso.

—¿No tienes miedo? —le preguntó Irene cuando se quedaron solas—. Me refiero al bebé.

—No sé —a Ivón le avergonzaba admitir que su anhelo era mayor que su miedo—. Sería muy agradable tener a alguien que sacara la basura y guardara los trastes cuando Brigit y yo seamos muy viejas para hacerlo.

—La riegas —dijo Irene y se rió. Luego comentó lo que pensaba—. Mamá va a poner el grito en el cielo, ¿verdad? O sea, güey, va a poner el grito en el cielo.

—Ya sé.

Ivón se dio cuenta que no había comido en todo el día. Su estómago había empezado a gruñir anticipando los tamales.

—¿Qué le vas a decir? Piensas decírselo, ¿verdad?

—Pensaba venir con el niño, ya sabes, todo envuelto, con un gorrito en la cabeza y decir, ¿qué crees, mamá? Éste es tu primer nieto. Brigit y yo lo adoptamos de una obrera maquiladora de Juárez. ¿Te imaginas cómo se va a poner mamá cuando oiga esto? ¿Te imaginas el pedo que va a armar?

—Es en serio —dijo Irene—. Ya la has cagado mucho con mamá. Ximena me contó de cuando te fuiste de aventón desde aquí a ese festival musical de mujeres, en Michigan, justo después de que yo nací.

—Eso no es nada —bostezó Ivón—. Toda la gente andaba de aventón en aquella época.

—Mamá dice que te pusiste celosa cuando yo nací. Dice que te fuiste de la casa.

—Es mentira. Yo creo que lo que realmente le molestó fue el tatuaje.

Ivón se había tatuado un *labrys* bajo la nuca el primer año de posgrado en Iowa. Supuestamente eso había deprimido a su padre y había vuelto a tomar después de quince años de estar sobrio. Algo que de alguna manera había causado su muerte. Eso era lo que decía su mamá.

—¿Quieres ver algo muy padre? —preguntó Irene—. Fíjate en esto.

Ivón volteó a ver a su hermana. Al principio no vio nada, pero con la luz amarilla del anuncio de Pepe's Tamales vio que Irene sacaba la lengua y algo brillaba.

—¡No me digas que te pusiste un piercing en la lengua!

—¿Está padre, no? —dijo Irene cuando cerró la boca.

—¡Dios mío! —exclamó Ivón al tiempo que se llevaba una mano a los ojos. Sus estudiantes de Los Ángeles no se perforaban la lengua sólo porque se veía muy padre. Había una razón sexual para eso, ser del mismo sexo, algo de lo que Ivón no quería saber nada en este momento.

—Bueno, ¿qué piensas?

—¿Qué piensa mamá?

—Todavía no lo ha visto. Apenas me lo hice hace dos semanas.

—¿Mamá, ojos de águila, no lo ha visto?

—Yo creo que se lo voy a enseñar ahora que estás aquí.

—Ah, muy bien. Algo más de qué culparme, vas a ver.

—Ya sé —dijo Irene y se rió—. Entonces, ¿qué es el Club XYZ?

—Ah, era un clubcito pendejo que formamos cuando éramos niños; nomás los que tenían un nombre que empezara con X, Y o Z podían ser del club.

—Pero tu nombre empieza con I, como el mío.

—Eso era antes de que me lo cambiara oficialmente, de Y-V-O-N-N-E a I-V-Ó-N.

—Te apuesto que a mamá le encantó.

La puerta del chofer se abrió. Ximena puso dos bolsas de tamales en el regazo de Ivón. Por un segundo el aroma del maíz sofocó la pestilencia a plátano. Ivón empezó a salivar.

—Muy bien, ya estamos listas —dijo Ximena—. Media docena de rojo y media docena de chile verde con queso. Espero que ustedes no quieran comer.

Metió reversa en el estacionamiento e hizo sonar las llantas.

—¿Dejamos a la niña ahora o le damos cena primero? —preguntó Ximena.

—Qué malas son.

—Ya es una niña crecida, probablemente quiera comer primero. Tú puedes ir a dejarla después mientras yo desempaco. No me voy a acercar a la casa de mamá. Ella es capaz de sentirme en un radio de dos pueblos.

—Entendido —dijo Ximena—. Okay. Éste es el plan. Mi amigo, un cura, va a ir con nosotras mañana, y va a estar ahí cuando conozcas a la familia de Cecilia. Ella vive con una tía y la abuela. Siempre es una buena idea tener a un sacerdote presente porque así se sienten menos incómodos; no sienten que cometen un pecado. ¿Tienes la lana?

—Tengo la lana.

—¿En efectivo?

—Yo sé con quien estoy tratando, ¿okay? ¿Me crees capaz de pagarles con un cheque?

—Por si acaso. De cualquier manera vas a tener que darle algo de dinero al cura.

—¡Ah! ¿También a él le toca una tajada?

—Creo que dijiste que sabías con quién tratabas. ¡Por supuesto que a él le toca una tajada! ¿Qué la iglesia no agarra siempre una tajada?

—¿Cuánto?

—Dos, trescientos si mucho. Y no se te olvide la mordida. En caso de que alguien ponga dedo con la policía y te detengan al salir de la clínica. Eso no es más de cincuenta o sesenta dólares.

—¡Chin, Ximena! ¿Por qué no me dijiste eso antes? Sólo traje los tres mil de la muchacha. Exactos. Ahora voy a tener que ir al banco en la mañana.

—Oye, así se manejan las cosas allá. Yo no hago las pinches reglas.

—Tienes razón. Discúlpame.



Pasaron la capilla en forma de velo nupcial de la Academia Loretto. En esa capilla Ivón había besado a un cadáver. Una monja anciana que había sido su tutora en cuarto año, la hermana Ann Patrick, se desplomó un día en la cafetería y toda la escuela tuvo que asistir a su funeral. Las niñas de su aula tenían que ponerse de pie, ir al féretro y besar su frente.

—¡Ah, otra cosa! —Ximena siguió hablando—. Lleva otros cincuenta para la enfermera que va a llenar el acta de nacimiento. El sacerdote conoce a alguien en la sala de maternidad en Fort Bliss.

—Oye, güey, todo esto suena muy sórdido —comentó Irene.

—Bienvenida a la realidad de la frontera, mi chiquita —respondió Ximena, mientras conducía en dirección a la inmensa estrella iluminada de la Montaña Franklin, un símbolo de El Paso que significa esperanza.